

ascensión de un pensamiento? ¿Quién determinará las formas confusas, las mescolanzas y detenciones funestas que sufre durante siglos? ¿Quién narrará su lento camino del instinto al ensueño y del ensueño á la penumbra poética, entre los niños y los humildes, los poetas y los locos?... ¡Una mañana esta locura se torna en el buen sentido de todos!... Pero no es bastante. Todos piensan, nadie se atreve á decirlo... ¿Por qué? ¿Falta valor? Sí; ¿pero por qué falta? Porque la verdad encontrada no es bastante pura todavía; es preciso que brille en todo su fulgor, para que se ciegue por ella... Estalla al fin, luminosa, en un genio y lo hace heroico y lo llena de devoción, de amor y de sacrificio... El genio la coloca sobre su corazón y se lanza sobre la arena, á través de los leones...

He ahí el raro espectáculo que yo veía, la farsa sublime y terrible... Ved, ved cómo va aterrado, cómo pasa encogiéndose y tembloroso, cómo aprieta en su mano cerrada ese objeto que lleva... ¡Ah! no es por él su miedo... ¡Miedo glorioso, miedo heroico!... ¿No veis que lleva la salvación del género humano?

Una sola cosa me inquieta... ¿Cuál es el lugar de refugio, dónde va á ser ocultado este depósito, qué altar hay bastante sagrado para el sagrado tesoro? ¿Y qué dios es bastante dios para proteger lo que no es otra cosa que el pensamiento de Dios mismo?

Grandes hombres que lleváis este depósito de la salvación, tiernamente abrazado, como una madre á su hijo: pensad bien, os lo suplico, pensad bien el asilo donde lo confiáis... Temed de los ídolos humanos, temed de los dioses de carne ó madera, que lejos de proteger á los otros no pueden protegerse...

A fines de la Edad Media os veo á todos, de los siglos XIII al XVI, fiaros de un asilo inseguro, del Trono de la realeza. Para destronar los ídolos erigís un ídolo... Le ofrecéis todo, oro, incienso y mirra... Le otorgáis la sabiduría, la tolerancia, la libertad, la filosofía y, en fin, la razón última de la sociedades: el Derecho.

¿Cómo no ha de agigantarse esta nueva divinidad? Los más poderosos espíritus del mundo, perseguidos á muerte por el viejo principio implacable, trabajan por elevar cada vez más su asilo... De aquí nacieron leyendas, mitos, parábolas, amplificadas por todos los esfuerzos del genio: en el siglo XIII el rey *santo*, más sacerdote que el sacerdote mismo; el rey *caballero* en el siglo XVI; el *buen rey* en Enrique IV; el *Rey-Dios* Luis XIV.



SEGUNDA PARTE

De la antigua Monarquía

I

En 1300 veo á Dante, el gran poeta gibelino, cerrando contra el Papa y elevando al nivel del sol el coloso del César. *La unidad* es la salvación; *un* monarca, uno solo para toda la tierra. Después, siguiendo ciegamente su austera lógica, inflexible, establece que mientras más grande sea este monarca, mientras más lo sea todo, mientras más Dios sea, se debe temer menos que jamás abuse de nada. Teniéndolo todo, no deseará nada y menos podrá envidiar, odiar... Será perfecto y perfecta y soberanamente justo; gobernará precisamente como la justicia de Dios.

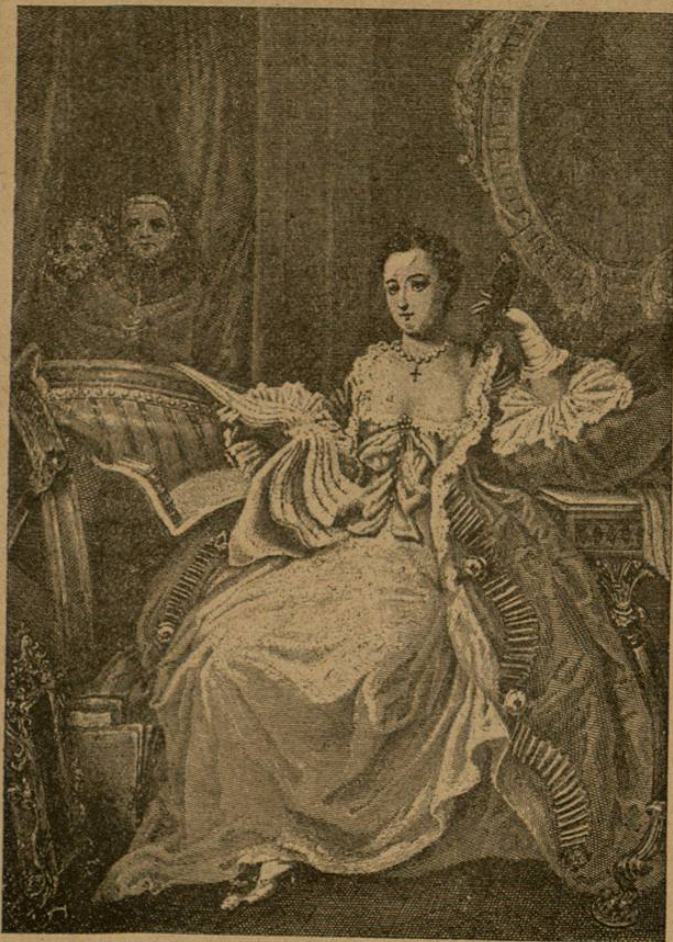
Esta ha sido la base de todas las teorías defendidas después para apoyar este principio: *la unidad* y el supuesto resultado de *la unidad*, que es *la paz*... Y entonces se habrían acabado las guerras.

Es necesario elevar menos el pensamiento que Dante y descubrir y mirar en la tierra la profunda angustia popular donde fué cimentado el coloso.

El hombre tiene necesidad de justicia. Cautivo en el círculo de un dogma que lo entrega todo á la gracia arbitraria de Dios, creyó salvar la justicia en una religión política, creando de un hombre un *Dios de justicia*, esperando que este Dios visible establecería y defendería la equidad, que el otro había olvidado.

Escucho salir de las entrañas de la vieja Francia esta palabra tierna, de acento profundo: «¡Mi rey!»

No hay exageración en esto. Luis XIV, joven, fué verdaderamente amado de dos personas: del pueblo y de La Valliere.



LA MARQUESA DE POMPADOUR

Era, en aquel tiempo, la fe de todos. El sacerdote mismo parecía retirar á su Dios del altar para colocar al nuevo dios. Los jesuítas quitan á Jesús del pórtico de su residencia para poner la efigie de Luis el Grande. En la capilla de Versalles se lee: «*Intrabit templum suum dominator.*» La palabra no tenía doble sentido; la Corte no conoce más que un Dios.

El obispo de Meaux, temiendo que Luis XIV no tuviera bastante

fe en él mismo, le anima diciéndole: «Oh, rey; ejerced sin vacilaciones vuestro poder, que es divino... Vos sois de la raza de los dioses.»

El pueblo no desea otra cosa que creer este dogma. Sufría tantas tiranías locales, que desde los más alejados confines se llamaba al Dios



EL CARDENAL FLEURI

(Autor del compendio de «Historia Sagrada»)

de aquí abajo, al dios de la monarquía. Ningún mal se le achaca. Y las pobres gentes, creyendo al rey muy alto ó muy lejos, se consolaban diciendo:... «¡Si el rey supiera!...»

Nótase en esto un rasgo singular de la fisonomía moral de Francia. Este pueblo no ha comprendido jamás la política sino como devoción y amor.

Amor robusto, obstinado, ciego, que cree méritos todas las imper-

fecciones de su Dios. Lejos de censurársele se le elogia cuanto tiene de humano. Cree que si le viera de cerca le parecería menos orgulloso, menos duro, más sensible. Sabe agradecer á Enrique IV el amor á Gabriela.

Este amor de la realeza, en los comienzos de Luis XIV y de Colbert, rayó en idolatría. Los esfuerzos del rey para hacer justicia igual á todos y disminuir la odiosa desigualdad del impuesto, le conquistaron el corazón del pueblo. Colbert arrancó sus prerrogativas á cuarenta mil nobles y obligó á los burgueses á dar cuenta de la administración de los pueblos que explotaban. Los nobles que en las provincias, aprovechándose del desorden, se convertían en barones feudales, recibieron las visitas aterradoras de los enviados del Parlamento. La justicia real era bendecida por su rigor. El rey apareció terrible en sus *Grandes días*, como juez último entre el pueblo y la nobleza, teniendo al pueblo á la derecha, lleno de amor y de confianza...

«Temblad, tiranos: ¿no veis que Dios está con nosotros?» Esta frase es exactamente el discurso de aquel sencillo pueblo, que cree tener un rey para él. Se lo figura como el ángel de la Revolución y le tiende los brazos, le invoca, lleno de ternura y de esperanza. Nada más conmovedor puede leerse que el relato de los *Grandes días de Auvergne*, viendo la inocente esperanza del pueblo y el temor de la nobleza. Un paisano, hablando con un señor, no se había descubierto; el noble le tiró el sombrero al suelo. «Si no me lo recogéis,—dijo el paisano—los *Grandes días* se acercan, y el rey os hará cortar la cabeza...» El noble tuvo miedo y recogió el sombrero del paisano (1).

¡Tanta confianza y amor!... todo perdido. Este rey tan amado fué duro para el pueblo. Buscad en todas partes, en los libros, en los cuadros, ved sus retratos; no hay en ellos un movimiento, una mirada que revele un corazón sensible. El amor del pueblo, cosa tan grande, tan rara, verdadero milagro, no ha logrado hacer de su ídolo más que un milagro de egoísmo.

Le gusta la palabra, la adora, se cree *Dios*. Ser dios es vivir para todos... El, cada día más, se hacía el rey de su corte; únicamente amaba aquella bandada de mendigos dorados que le asistían y adulaban; este es su pueblo. Divinidad extraña, se ha empequeñecido encerrando un mundo en un hombre, en lugar de extenderse y engrandecerse este

(1) Los *agentes del Rey*, los parlamentarios, que inspiraban al pueblo tanta confianza, y que habían prestado verdaderos servicios representaban la justicia, de mismo modo que el cetro representaba la Gracia. En última instancia esta justicia real estaba sometida á la arbitrariedad del Rey. Un gran maestro en maquiavelismo, el cardenal Dubois, en una *Memoria* al Regente contra los Estados generales explicó con mucho *bonaire* la mecánica de este juego parlamentario, las figuras de aquel baile hasta el sillón de justicia donde, ante el Rey, terminaba todo. Saint-Simón recomienda á los Estados generales como un medio agradable, inocente y fácil para librarse de pagar sus deudas, honrar la quiebra, *canonizarla* (esta es su palabra). El mismo Saint-Simón afirma que estos Estados no tuvieron nunca nada serio. *Palabras y palabras*, nada más. Yo veo, en cambio, que en estos Estados y Parlamentos hay algo demasiado serio; que estas vagas imágenes de la libertad consumían el escaso vigor y el poco espíritu de resistencia que en la nación había. Esta fué la causa de que Francia no pudiera en mucho tiempo tener constitución; creía que la tenía.

hombre á la medida de un mundo. Todo su mundo es Versalles; allí mismo, buscad bien, encontraréis un lugar pequeño, oscuro, un sombrío gabinete, ¡una tumba ya!; es cuanto necesitaba; lo bastante para un individuo (1).

II

Profundizaré estudiando la idea de cómo vivían en Francia el gobierno de la gracia y la monarquía paternal. Este examen será duro si establezco de antemano por pruebas auténticas los resultados que á la larga produce este sistema. El árbol se juzga por los frutos.

Desde luego se puede asegurar que conquistaron para este pueblo la gloria de una prodigiosa é increíble paciencia. Leed los relatos de viajeros extranjeros y les veréis estupefactos atravesando nuestras campiñas de miserable apariencia, llenas de la tristeza del desierto, del horror de la pobreza, invadidas por el pueblo famélico. Allí aprendieron lo que puede durar el hombre sin morir de hambre, de un hambre que nadie, ni inglés, ni holandés, ni alemán hubiera soportado.

Y lo que más les llama la atención es la resignación del pueblo, el respeto que tiene á sus señores laicos ó eclesiásticos, su adhesión idolátrica al rey... Es un raro misterio que en medio de tantos sufrimientos conserve tanta paciencia, dulzura, bondad, docilidad, tan pocos motivos para oprimirle. Se explica, acaso, en parte por una especie de filosofía instintiva, por la facilidad, demasiado ligera, con que el francés recibe el mal tiempo y se acomoda en él: ya vendrá el buen tiempo; llueve hoy, mañana hará sol... Y no se acuerda más de la lluvia.

La sobriedad francesa, cualidad eminentemente militar, contribuye á la resignación. En esto, como en otras cosas, nuestros soldados han pasado el límite de la fuerza humana. En sus ayunos durante marchas penosas y trabajos excesivos, hubieran desfallecido los solitarios anacoretas de la Tebaida, los Antonios y Pancomios.

El mariscal de Villars relata cómo vivían los soldados de Luis XIV (2):

«Muchas veces creímos que el pan nos faltaría en absoluto, y después de grandes esfuerzos hemos logrado tenerlo para comer medio día. El día siguiente lo pasamos ayunando. Mr. de Artagnan ha marchado y las brigadas no han podido seguirle por hambre... Es tan grande milagro el de nuestras subsistencias, como la virtud y firmeza de nuestros soldados... *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*, me decían los

(1) Me refiero á la obscura habitacioncita de madame Maintenón, donde concluyó Luis XV. Por la creencia personal que tenía de su propia divinidad quiso ver sus memorias, escritas por inspiración suya y revisadas por él.

(2) En Villars se lee también: «Si permanecierais aquí, veríais con edificación á los infantes y á la caballería marchar con el mayor cuidado por un sendero que atraviesa un campo de frigo que hay aquí cerca.»

desventurados cuando recorría las filas, antes de repartirles su cuarto de ración. Los animo, les hago promesas, se contentan con encogerse de hombros y me miran con una expresión de resignación que me conmueve... «El señor mariscal tiene razón,—dicen—es preciso saber sufrir algunas veces.»

¡Paciencia!, ¡virtud!, ¡resignación! ¿Dónde no hallaremos claramente marcadas las huellas de la bondad de nuestros padres?

Quién pudiera hacer la historia de sus inacabables sufrimientos, de su dulzura y moderación! Durante mucho tiempo fueron estas virtudes el asombro y á la vez la risa de Europa. ¡Cómo se divertían los ingleses viendo este soldado enflaquecido y casi desnudo, y sin embargo alegre, bueno para sus oficiales, haciendo sin protesta enormes marchas y no encontrando al llegar la noche para comer más que sus propias regocijadas canciones.

Si la paciencia tiene por premio el cielo, el pueblo francés, en los dos últimos siglos, ha sobrepujado los méritos de los más grandes santos. ¿Pero cómo rehacer esta leyenda?... Las huellas están esparcidas. La miseria es un hecho general y la paciencia de soportarla una virtud, tan común en Francia, que los historiadores la consignan raras veces. Además, en el siglo XVIII la historia es muy incompleta; Francia, después del cruel esfuerzo de las guerras de Luis XIV, sufre demasiado para entretenerse en contar sus hechos. No se hacen crónicas ni Memorias; la vanidad individual misma calla, no teniendo más que vergüenzas que narrar. Hasta el movimiento filosófico está callado y silencioso; silencioso como la alcoba del moribundo que gobierna la nación, el viejo cardenal Fleury.

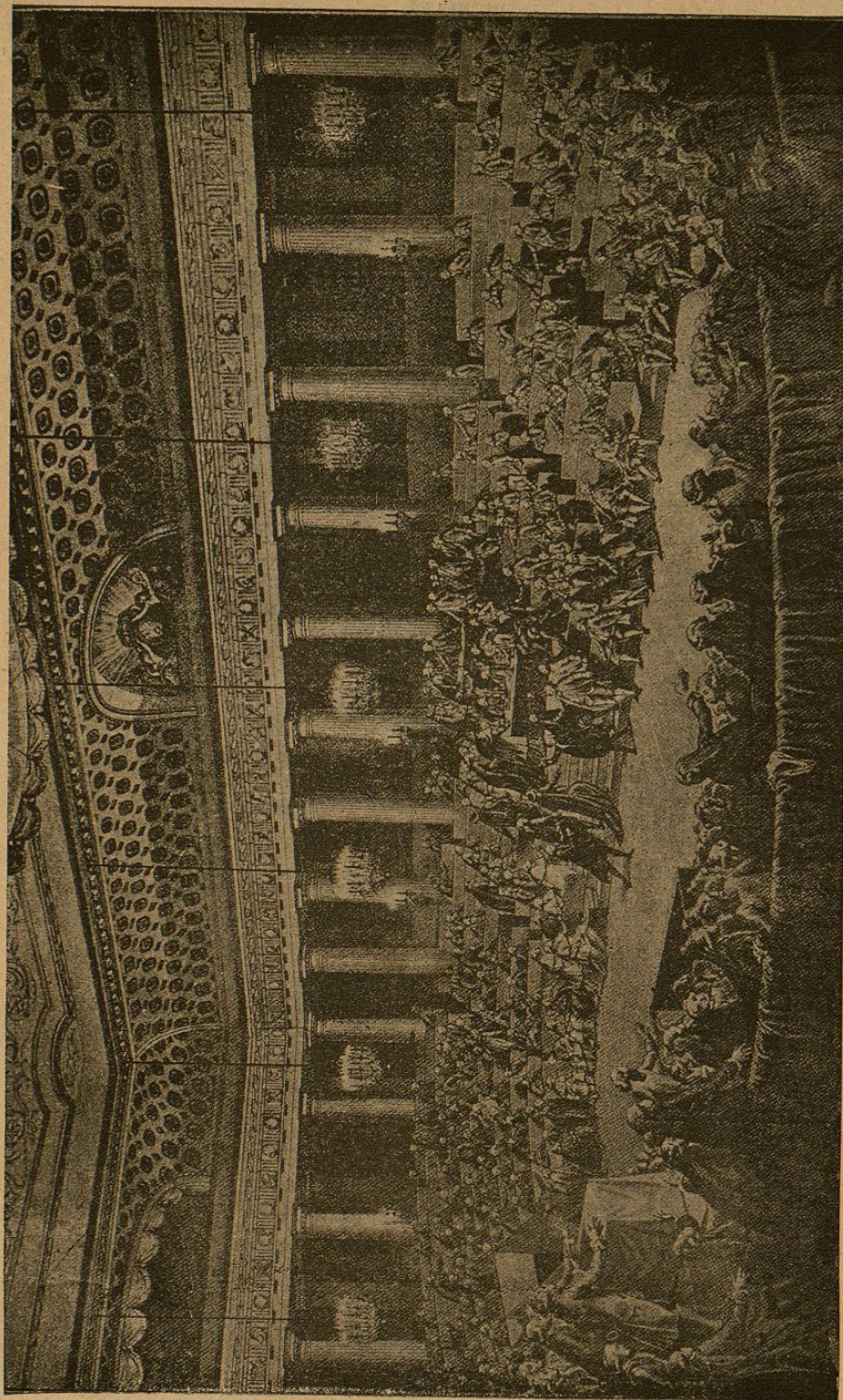
La historia de esta época de miseria es tanto más difícil de hacer cuanto que en ella no ha habido algaradas ni motines. Nunca fueron estos más raros en ningún pueblo... Francia amaba á sus señores; no se agitó en ninguna algarada; no hizo más que una revolución.

Precisamente de estos señores mismos, reyes, príncipes, ministros, prelados, magistrados, intendentes, sabemos nosotros los trágicos extremos á que la nación había llegado.

El coro lúgubre donde parecen reunidos todos para cantar uno á uno la muerte de Francia escucha en 1681 decir á Colbert: «No se puede seguir así.» Y en lugar de poner enmienda, hace morir en 1685 medio millón de hombres industrioses; y como si fuese esto poco se mata todavía más en una guerra de treinta años. ¡Y cuántos, Dios mío, no han muerto de miseria!

Ya en 1698 el resultado se hace visible.

Los intendentes mismos que habían causado mucho mal revelaban y deploraban aquel estado de cosas. En las memorias que les fueron pedidas por el joven duque de Borgoña declaraban que tal país había perdido la cuarta parte de sus habitantes, tal otro el tercio y alguno hasta la mitad. Y esta población no se repone; el hombre del pueblo es física-



LA ASAMBLEA NACIONAL. — Renuncia de los derechos feudales de los nobles y los obispos
(Grabado de la época)

mente tan miserable, que sus hijos son todos débiles, enfermizos y no pueden vivir.

Sigamos bien el curso de los años. Esta época deplorable de 1698 es motivo de arrepentimiento. Un magistrado, Boisguillbert, dice: «Entonces había aún aceite en la lámpara. Hoy (1707) todo ha terminado; falta la primera materia...» Palabra lúgubre á la que agrega otras amenazas que parecen pronunciadas estando ya en el 89: «El proceso se va á desarrollar entre los que pagan y los que no tienen otra ocupación que cobrar.»

El preceptor del nieto de Luis XIV, el arzobispo de Cambrai, no es menos revolucionario que el magistrado normando: «Los pueblos variarán pronto; no se debe confiar mucho en su paciencia. La vieja máquina acabará por hacerse añicos al primer choque... Nadie se atreverá á luchar contra el torrente desbordado... No habrá más que cerrar los ojos...»

Luis XIV muere al fin, gracias á Dios. El buen duque de Orleans, que de vivir Fenelón le hubiese tomado para consejero, se encarga de la regencia; manda imprimir el Telémaco; Francia será quietista. No más guerras. Nos hacemos amigos de Inglaterra; le entregamos nuestro comercio, nuestro honor, hasta los secretos de Estado. ¿Quién creerá que en plena paz, durante siete años solamente, este amable príncipe encontró medios de hacer llegar á dos mil quinientos millones la deuda que Luis XIV dejó en setecientos cincuenta millones?—Todo pagado neto... en papel.

«Si yo estuviese oprimido—solía decir—me rebelaría.» Un día que se le advirtió que se preparaba una algarada, repuso: «El pueblo tiene razón; demasiado bueno es sufriendo tanto.»

Fleury era tan económico como pródigo el regente. ¿Se rehace Francia? Lo dudo cuando veo que en 1739 enseñan á Luis XV el pan que comía el pueblo, pan de maíz. El obispo de Chartres le dijo que en su diócesis, los hombres pastaban mezclados en los rebaños. Y más expresivo y fuerte que todo esto, es que Mr. de Argenson (un ministro), hablando de los sufrimientos de entonces, se lamenta de que el *buen tiempo* estuviese ya lejano. ¿Y sabéis cuál era este *buen tiempo* porque suspiraba uno de los ministros? El de la regencia del duque; el tiempo en que Francia, asolada por Luis XIV, convertida en una sola plaga, tiene por único remedio la bancarrota de tres mil millones.

Todo el mundo ve venir la crisis. Fenelón lo dice desde 1709. «La vieja máquina se hará añicos al primer golpe.» Sin embargo, no se rompe todavía. La querida de Luis XV, madame de Châteauroux, dice en 1743: «Veo venir un gran trastorno si no se pone remedio.» Tenéis razón, señora, todo el mundo lo ve; lo ve el rey, y aquella que os sucede en el favor de sus amores, madame de Pompadour, y los economistas y los extranjeros: todo el mundo. Todos admiran la bondad de este pueblo; Job entre las naciones. ¡Oh, dulzura!, ¡oh, paciencia!... Walpole

se rió; yo me entristezco y lloro. ¡El pueblo infortunado ama todavía. Todavía cree y se obstina en esperar. Espera siempre su salvador. ¿Quién? Su Dios-hombre, su rey.

¡Risible idolatría!... Este Dios, este rey, ¿qué hará? Carece de voluntad fuerte y no tiene poder para curar el mal inveterado, profundo, universal, que corroe á esta sociedad y la altera y la corrompe, que ha bebido su sangre y secado sus huesos.

El mal de la sociedad, que padecen en ella desde el más alto al más bajo, es que está organizada para producir cada vez menos y pagar cada vez más. Mal que de día en día va creciendo, que después de la sangre corromperá el cerebro y que no tendrá fin, hasta que estando en el último aliento de vida, á punto ya de perderla, las convulsiones de la agonía levanten al enfermo y sostengan de pie el cuerpo escuálido y débil... ¿Débil?... El furor puede hacerlo fuerte y poderoso.

Subrayemos, si queréis, estas palabras: *produciendo cada vez menos*. Son absolutamente exactas.

Desde Luis XIV, los impuestos pesan de tal modo, que en Mantes y en Etampes la mayor parte de las viñas fueron embargadas.

El labriego no tiene cosa de valor que ofrecer al fisco más que el buey ó la mula que le ayudaban á labrar la tierra. El fisco se apodera de ellos y disminuye el ganado en los campos, resultando inútil el cultivo de los pastos. La producción de cereales, extendida en el siglo XVII por inmensos territorios, disminuye en el siglo XVIII. La tierra no puede reparar sus fuerzas generadoras; falta de abonos, se agota prematuramente; como ha concluido la ganadería, parece concluir la tierra misma. No solamente la tierra produce menos, sino que se cultiva mucho menos. En algunos lugares no vale la pena cultivarla. Los grandes propietarios, cansados de dar en arriendo terrenos cuyas rentas no cobraban, abandonan la tierra cuyo cultivo exige algunos desembolsos. Los campos cultivados menguan, el desierto se extiende, se ensancha. Se habla mucho de agricultura, se escribe mucho de agricultura; se hacen libros, ensayos costosos, cultivos nuevos, cultivos comparados. Y entre tanto el cultivo sin abonos, sin dinero, sin bestias de labor, agoniza, muere. Los hombres se amarran al arado y á veces las mujeres y los niños también. Con las uñas labrarían si pudieran; pero el surco apenas desgarrar la tierra, que mal labrada, da cada vez peores cosechas. Ya no son suficientes para alimentar al hombre durante el año. A medida que se avanza hacia 1789, la naturaleza produce menos, como bestia demasiado fatigada, que cuando se la obliga á palos, prefiere á seguir andando, echarse en tierra, morir. La libertad no es sólo la vida del hombre, es también la de la naturaleza.

III

No digáis nunca que la naturaleza ha sido alguna vez madrastra.